

# Nuevos terrores: la sociedad confinada

DAVID P. MONTESINOS

David P. Montesinos es doctor en Filosofía y profesor de Filosofía en la Enseñanza Secundaria. Su tesis doctoral se titula *El poder y los signos. Baudrillard y la incertidumbre de la crítica*. Prepara la publicación de un ensayo sobre el estado actual del diálogo entre generaciones.

Un acontecimiento de la agenda cultural, el film de Steven Spielberg *Munich*, quizá la obra más ambigua, oscura y polémica del director norteamericano, permite plantear algunos de los peligros que, de manera a veces insospechada, se van filtrando en el tráfico cotidiano de nuestras ciudades. El Nuevo Orden Mundial no puede ya ser interpretado como el del triunfo de la democracia y el mercado libre, victorioso ante la caída del Muro y el envejecimiento de los dictadores. Estamos más bien en el Orden de la Gran Disuasión. Su lógica ya no es la de la Guerra Fría y los misiles nucleares, sino la de las palabras autocensuradas por la corrección política y el miedo a los extraños y a los fanáticos.

*An event in the cultural agenda, the Steven Spielberg's film Munich, perhaps the more ambiguous, dark and polemical film of the american author, invites to expound some dangers that, sometimes unexpectedly, are filtering in the daily haulage of our cities. The New World Order already cannot be interpreted as the victory of the democracy and free market in front of the Berlin Wall's fall and the getting old of the Dictators. We are in the Dissuasion Great Order. Its logic is not the Cold War and the nuclear misils logic, but the logic of de autocensored words by the political correction and the fear to the stranges and the fanatics.*

## Palabras clave:

- Nuevo Orden Mundial
- disuasión
- miedo

N

o han terminado de deslizarse, bajo el fragor de la polémica sobre la posición de Steven Spielberg ante el conflicto árabe-israelí, las sugerencias más inquietantes que *Munich* plantea.

Genial, como siempre, en la configuración de escenografías creíbles, Spielberg localiza ese momento crucial —y acaso inadvertido para los historiadores— en que las grandes ciudades de Occidente dejan de ser la pasarela por la que desfilan la protesta y la esperanza para convertirse en envoltorios de la incertidumbre y el miedo. El absurdo de los jóvenes grupos terroristas que se encuentran en un piso franco de Atenas y, pistola en mano, se preguntan a gritos: “¿Quiénes sois vosotros?, ¿quiénes sois?”, o el de la serie de asesinatos presuntamente bien tramados por el Mossad, que terminan convirtiéndose en una chapuza sin sentido, deja entrever la torpeza de los momentos aún tempranos de un modelo de lucha que irá *racionalizándose* en las décadas siguientes.

Desde entonces el terrorismo se amoldará a los poderes que dice querer destruir, reproduciendo el lenguaje irrespirable de la mundialización del poder económico y mediático. Será también cuando, como un virus, penetre con insospechada eficacia dentro de un organismo que se revela como sorprendentemente inmunodeficiente. Descubrimos entonces que el territorio ya había empezado a hacerse propicio para que el terrorista lo colonizara. Nuevos confinamientos interiores habían empezado a apoderarse de los ciudadanos, paralizando su obligación de pensar, deliberar y decidir. Nuevas relaciones de poder hacían mutar a las instituciones, volviéndolas misteriosamente vulnerables a los nuevos destructores.

1. Nada es más indefendible, y sin embargo, no hay discurso más acabado, más inmediatamente operativo,

más cerrado sobre sí mismo, que la *Doctrina Rumsfeld*. No se trata, pese a todo, del ideario de un zote de la política. Ya en 1651 planteó Hobbes la legitimidad del ataque preventivo, dentro de un Estado Natural cuya lógica no difiere en exceso de la que quiere ver el gobierno de George W. Bush:

Dada esta situación de desconfianza mutua, ningún procedimiento tan razonable existe para que un hombre se proteja a sí mismo, como la anticipación, es decir, el dominar por medio de la fuerza o por la astucia a todos los hombres que pueda, durante el tiempo preciso, hasta que ningún otro poder sea capaz de amenazarle. Esto no es otra cosa sino lo que requiere su propia conservación y es generalmente permitido. Como algunos se complacen en contemplar su propio poder en los actos de conquista, prosiguiéndolos más allá de lo que su seguridad requiere, otros, que en diferentes circunstancias serían felices manteniéndose dentro de límites modestos, si no aumentan su fuerza por medio de la invasión, no podrán subsistir, durante mucho tiempo, si se sitúan solamente en plan defensivo.<sup>1</sup>

No es difícil rastrear en esta cultura del peligro la caricatura del hegelianismo que efectuó Fukuyama o el fantasma amenazante de los No-Occidentales de los que habla Huntington. Para el autor de *El fin de la historia*,<sup>2</sup> el triunfo de la civilización se vislumbra en la irremediable evidencia de que los sistemas demoliberales van abriéndose paso en el mundo, arrinconando tanto a los viejos regímenes autoritarios de derechas como a los totalitarismos de izquierda. El desmoronamiento del imperio soviético y la eficacia que podía atribuirse a finales de los ochenta a las nuevas economías capitalistas del sudeste asiático constituían, en el célebre ensayo de Fukuyama, el hilo conductor para deducir que el esquema hegeliano del final de la historia podía ser confortablemente trasladado a la coyuntura mundial de finales del siglo XX. Lo dudoso de que el desistimiento del rival comunista sea un signo sólo de

1 THOMAS HOBBS, *Leviatán*, trad. de M. Sánchez Sarto, Sarpe, Madrid, 1983, pp. 134-135.

2 FRANCIS FUKUYAMA, *El fin de la historia y el último hombre*, trad. de P. Elias, Planeta, Barcelona, 1992.

buenos presagios es algo que a Fukuyama parecía importarle tan poco como demostrar que la *Pax americana* es la síntesis final que recoge en forma de autoconciencia la riqueza de todo el proceso conflictivo llamado historia. El oportunismo de la operación se revela aún más cuando observamos la deriva sufrida por las naciones eslavas después de la *descongelación* de sus libertades o el colapso financiero de los tigres asiáticos. Tampoco es difícil desconfiar cuando ya en aquel texto de 1989 advierte de la conveniencia de los Estados Unidos de defender sus intereses comerciales en tierra extraña por la vía de la fuerza, a la espera de que las naciones que todavía no han superado el “lenguaje del poder” consigan impregnarse del de la libertad.

El planteamiento más reciente de Huntington en *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*<sup>3</sup> es, en clave algo más pesimista, una consecuencia del anterior adaptado a un contexto en el que, apenas una década después, el fenómeno de la globalización ha dejado de ser una tendencia emergente para convertirse en el *maelström* al que termina abocando cualquier enfoque. Partiendo siempre del carácter amenazante que asoma en la configuración multicultural de las sociedades globalizadas, Huntington declara *la cultura*, es decir, esa densísima telaraña de costumbres, fidelidades, mitos y creencias que constituyen las comunidades, como el factor que hoy vuelve viscoso el discurrir de lo político. La forma de grumo que en el interior de los estados van tomando las particularidades culturales se revela como conflicto de civilizaciones a nivel internacional, lo que aconseja la actitud preservativa de Occidente en su relación con los *alterii*.

2. La alternativa a la *Pax americana* y, por tanto, al entramado intelectual que da lugar a la *Doctrina Rumsfeld*, podría encontrar viejas y sólidas raíces en el proyecto kantiano de una historia universal en sentido cosmopolita.<sup>4</sup> Compartiendo los oponentes el principio de la necesidad irremediable de la intervención o injerencia, así como el de la actual incapacidad de los estados-nación para garantizar la seguridad en el planeta globalizado, la batalla ideológica se dilucida entre quienes defienden el modelo de la cooperación transnacional y quienes otorgan a los Estados Unidos la responsabilidad de ejercer hegemónicamente la guerra al terrorismo

Ulrich Beck llama *cosmópolis* al escenario mundial por el que el nuevo orden globalizado nos da la oportunidad de apostar. Al contrario que hace dos siglos, cuando había que ser un visionario y un idealista para proponer un modelo racional de paz entre naciones, ahora es la realidad misma la que se ha adecuado a ese modelo, lo cual nos permite ser “realistas cosmopolitas”. Para bien o para mal, tan cosmopolitas son la lista de restaurantes de mi ciudad, los equipos de fútbol, los vecinos de mi bloque de viviendas, los alumnos de los institutos o las familias que están formando mis mejores amigos, como lo es el terrorismo y lo debe ser la política —y la filosofía— que le haga frente. Es nuestra experiencia cotidiana misma la que se ha vuelto cosmopolita. La mirada cosmopolita quiere decir: en un mundo de crisis globales y de peligros derivados de la civilización, pier-

***Si el propósito de un ataque de Al Qaeda era hacer que Occidente viviera atemorizado y que perdiera su capacidad de mantener sus niveles de libertad, justicia, democracia y dignidad humana, parece haberse acercado más a su objetivo de lo que sus propias fuerzas pudieran haber soñado***

den su obligatoriedad las viejas diferenciaciones entre dentro y fuera, nacional e internacional, nosotros y los otros, siendo necesario un nuevo realismo, de carácter cosmopolita, para poder sobrevivir.<sup>5</sup>

No es gratuito hablar de supervivencia porque es la vida misma, o la *seguridad*, lo que aquí está en juego, en un sentido que ha mutado respecto a lo que en otros tiempos denominábamos de esa manera. En la *sociedad del riesgo*,<sup>6</sup> fórmula del propio Beck que ha hecho fortuna, sólo un perverso simulacro permite a los estados seguir legitimándose como garantes y especialistas de la seguridad. Desterritorializados los riesgos —y no sólo en relación al terrorismo, sino también a las epidemias, los fanatismos religiosos, los virus de los sistemas de comunicación, los desarreglos demográficos o la ecología—, la expectativa de que sean los estados como tales los que descubran y administren los antídotos se revela puramente ilusoria.

No podemos eludir por más tiempo tales evidencias, porque mientras los Estados Unidos —en tanto que nación hegemónica del mundo global— toman la iniciativa en las guerras preventivas, los demás padecemos sus consecuencias, las cuales también se cosmopolitizan. Así, es posible que los españoles se sientan no responsables de la Guerra de Iraq cuando un nuevo gobernante saca del Golfo a sus tropas, pero no por ello las implicaciones de la guerra dejan de afectarle. Y eso vale para el terrorismo, para el Protocolo de Kyoto, para la inmigración o para la estabilidad financiera.

Estamos viviendo unos momentos decisivos, en los que las naciones pueden decantarse por un régimen cosmopolita, que resalta los valores de la modernidad de tal manera que se pueda hacer frente eficazmente a las nuevas amenazas, o por la vuelta a una lucha hobbesiana de todos contra todos, en la que violencia militar sustituiría al derecho global.<sup>7</sup> Cabe el chiste fácil según el cual los yanquis son de Marte y los europeos de Venus, una vez nos hacemos cargo de que el planteamiento de origen kantiano es, si se explica convenientemente el término, *européista*, frente al hobbesianismo de la *Doctrina Rumsfeld*. Así, contra una concepción del mundo como gran amenaza, donde el Otro no es más que un enemigo o un aliado —o lo que es lo mismo, un candidato a ser exterminado o explotado— y no cabe otra solución defensiva que la agresión permanente, se erguiría otra inspirada en la cooperación y el imperio de la ley. Para Zygmunt Bauman, que reivindica Europa como la civilización sin identidad, es decir, tramada históricamente desde el autocuestionamiento inagotable, la alternativa cosmopolita sólo es posible desde Europa, o, si se quiere, desde allá donde se

3 SAMUEL HUNTINGTON, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, Barcelona, 1977.

4 'Idea de una historia universal en sentido cosmopolita', en IMMANUEL KANT, *Filosofía de la historia*, trad. de E. Ímaz, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1985, pp 39-66.

5 ULRICH BECK, *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, trad. de B. Moreno Carrillo, Paidós, Barcelona, 2005, p. 25.

6 ULRICH BECK, *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona, 1998.

7 ULRICH BECK, *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, p. 173.

asuma la mirada europea como una aventura de reflexión y descubrimiento sin fin, como un eterno diálogo tal y como la tradición del viejo continente nos ha enseñado desde Sócrates, los escolásticos o Descartes hasta Kant, Nietzsche o Adorno.

Lo que a continuación procede es preguntarnos con Bauman si están las nuevas políticas europeas a la altura de su historia. El europeo fue por definición el aventurero y el navegante, ese jesuita enloquecido que se exponía al martirio por evangelizar a los hijos de Dios en los confines del mundo, el marino ansioso de oro y dispuesto a arrostrar toda clase de peligros por enriquecerse, o el científico que exploraba las tierras más inhóspitas para mayor gloria de algún monarca. Acaso estas imágenes tengan mucho de novelescas, pero cualquiera de ellas se ajusta más a la tradición del viejo continente que la que ahora propugna convertir sus naciones en territorios vallados, gigantescas trincheras dominadas por una gestión centripeta y paranoica. Y eso sí es completamente nuevo.

En este contexto, no es sorprendente que Guantánamo pueda convertirse en signo de los nuevos tiempos. Si a la sombra del espectro comunista crecieron imposturas como el macartismo,<sup>8</sup> ahora el chantaje terrorista amenaza con volver *naturales* las operaciones legales de restricción de las libertades cívicas que tanto han costado conseguir. Y ahí entran desde la patada en la puerta, la vigilancia anticonstitucional o el encausamiento sin garantías hasta la violación secreta del espacio aéreo para llevar sospechosos a los paraísos de la tortura sin trabas.

Si el propósito de un ataque de Al Qaeda era hacer que Occidente viviera atemorizado y que perdiera su capacidad de mantener sus niveles de libertad, justicia, democracia y dignidad humana (esos valores de cuya pretendida destrucción se ha acusado repetida y correctamente a los líderes de Al Qaeda y a sus seguidores), parece haberse acercado más a su objetivo de lo que sus propias fuerzas pudieran haber soñado.<sup>9</sup> ¿Está en crisis el imperio de la ley en Occidente? Lo está, pero no se trata de una simple reacción más o menos comprensible ante la demoleadora estrategia terrorista de “atacar y huir” que, tras el 11-S, con las duras secuelas de Madrid y Londres, ha obligado a modificar las políticas de la seguridad. En realidad, no estamos ante lo que podríamos denominar un acontecimiento fundante: el orden de la inseguridad proviene de un proceso de implosión de valores que empieza mucho antes del atentado del World Trade Center.

Como sabemos, el llamado Estado Social emerge en Occidente cuando entran en crisis los imperios neocoloniales. Si en el siglo XIX, como a lo largo de la época de los descubrimientos, Europa se desembarazaba de sus excedentes demográficos enviando a las nuevas posesiones sectores de población potencialmente conflictivos, tras la Segunda Guerra Mundial ya dejó de ser posible exportar las propias contradicciones y hubo que diseñar un sistema para el reciclaje interno de los sobrantes. Cuando hace tres décadas empieza a entrar en bancarrota ese sistema, lo que se advierte es la incapacidad de los estados-nación para corregir localmente problemas que surgen de la globalidad. El proceso se ha invertido y las viejas soluciones ya no son operativas. La supervivencia del Estado Social, que algunos ingenuamente continúan considerando dependientes de ciertos gobiernos no neoliberales —“mirad a los países escandinavos”—, se ha vuelto imposible en un

tiempo en el que el capital se desterritorializa y las trabas locales que condicionaban su fluir se convierten en antiguallas casi tan obsoletas como los viejos peajes de las puertas de entrada a las murallas de las ciudades medievales.

Este proceso no es privativo del viejo continente. En los Estados Unidos, el *New Deal* de Roosevelt fue la reacción contra el riesgo de una economía incontrolada, destinada a caminar como un tren de alta velocidad hacia la catástrofe, tras experiencias tan desgraciadas como la del *Crack* del 29 y la consiguiente Depresión.<sup>10</sup> El miedo que durante décadas fue capaz de conjurar ese modelo de Estado garante salta hoy en pedazos, cuando cada vez es más evidente la deriva paranoica de la ciudadanía norteamericana.<sup>11</sup> Bin Laden y sus bombas sucias no son sino la cristalización del sentimiento de inseguridad personal y el miedo a la violación de las propiedades por toda suerte de *alterii*. Si el *Welfare State* podía proteger al ciudadano americano contra el paro, la enfermedad o la incertidumbre, ahora el Estado debe buscar otros ámbitos desde los que legitimarse. Según Bauman, las coincidencias históricas entre la emergencia del terror que vislumbra *Munich* de Spielberg y los nuevos ciclos económicos remiten al *crack* de los años setenta, década en la que se cierra el tiempo de la “alegre despreocupación”:

En ese momento, la cuestión de la inseguridad se presentó por sorpresa en la conciencia pública, y sin perder tiempo se situó en el centro del debate. Justo entonces comenzaba la desregularización del movimiento global del capital y del mercado laboral.<sup>12</sup>

En la extinción del modelo del Estado Social, en tanto que corolario de los valores de la modernidad, y en su sustitución por los valores *neoccons* de la eficacia productiva y comercial y el recorte de gastos, los viejos estados-nación encuentran todo un desafío a su supervivencia. Se trata de una crisis de legitimación, en el sentido habermasiano<sup>13</sup> de la palabra, a la cual responderán eligiendo la nueva gran narrativa del momento: la seguridad. La vulnerabilidad y la incertidumbre humanas son la base de todo el poder político.<sup>14</sup>

Siguiendo este razonamiento, debemos suponer que cualquier poder político ha convertido el arma del miedo, y, por consiguiente, la de presentarse como el único protector posible contra tales peligros, en clave de su supervivencia y expansión. Ahora bien, resulta característica de la actualidad la sensación de incertidumbre, de que a la vuelta de la esquina un desconocido espera la ocasión para hacer pedazos un sistema que parece más fuerte y más exhaustivo que nunca, pero que, paradójicamente, es también más vulnerable de lo que nunca ha sido.

Claro que no nos hemos convertido en demandantes de seguridad al Estado sólo por temor a los terroristas. Vemos disolverse día tras día las viejas redes comunitarias, cada vez es más seguro que la inseguridad se extiende por todas las formas de empleo, legiones de recién llegados dispuestos a marcharse de inmediato o a quedarse para siempre —¿quién sabe?— caen sobre nuestras ciudades como una amenaza de promiscuidad etnocultural que amenaza con infectarnos, nuestra salud parece un frágil esquife en un océano de peligros... El problema es que ya intuimos que el desasosiego que nos inunda difícilmente va a encontrar consuelo en unas instituciones incapaces de sostener su red protectora fren-

<sup>8</sup> Es inevitable referirse a la película que ha dirigido George Clooney, *Good Night and Good Luck*, donde se hace absolutamente evidente la necesidad de hacer frente a los grandes poderes fácticos —vencer al miedo— para impedir convertir un país proclive a creer en fantasmas en una sociedad aterrorizada. La democracia, lejos del puro *statu quo*, se convierte entonces en una épica aventura para hombres excepcionales.

<sup>9</sup> ZYGMUNT BAUMAN, *Europa, una aventura inacabada*, trad. de L. Álvarez-Mayo, Losada, Madrid, 2006, p. 181.

<sup>10</sup> No es gratuito asimilar aquel miedo al viejo monstruo cinematográfico de *King Kong*, que caminaba como un ciclope destructor por las calles de Nueva York.

<sup>11</sup> Éste no es sólo un problema de Bush y su gobierno. La paranoia como forma de vida aparece inteligentemente reproducida en filmes recientes como *Bowling for Columbine* de Michael Moore o *Tierra de abundancia* de Wim Wenders.

<sup>12</sup> ZYGMUNT BAUMAN, *Europa, una aventura inacabada*, p. 164.

<sup>13</sup> Al margen de las obras magnas de Habermas, es recomendable al respecto sus *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, trad. de B. Moreno, Cátedra, Madrid, 1999.

<sup>14</sup> JÜRGEN HABERMAS, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, p. 29.

15 Ver el imprescindible y conmovedor MICHEL FOUCAULT, *Vigilar y castigar*, trad. de A. Garzón, Siglo XXI, Madrid, 1994.

16 Sobre el valor de la economía sumergida —y muy especialmente de las redes de inmigración ilegal— dentro de los Estados Unidos, véase ERIC SCHLOSSER, *Porno, marihuana y espaldas mojadas: la economía sumergida en Estados Unidos* (trad. de B. Moreno, Debate, Barcelona, 2004), donde se investiga exhaustivamente la existencia por doquier de enormes redes de actividad económica incontrolada que sólo al precio de una imperdonable ingenuidad se pueden considerar efectos colaterales y no causas directas del ciclópeo potencial económico norteamericano. El riesgo de empobrecimiento del mundo de la vida desde la ultrarracionalización del modelo productivo, lo que se acompaña de una generalizada precarización de los empleos, ha sido tratado por este mismo autor en su obra más conocida, *Fast food: el lado oscuro de la comida rápida* (Grijalbo, Barcelona, 2002). Menor valor periodístico, pero mayor enjundia filosófica, tiene sobre el tema el recomendable texto de GEORGE RITZER, *La McDonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalización en la vida cotidiana* (trad. de I. Hierro y R. Hierro, Ariel, Barcelona, 1996) con cuya hipótesis básica ha polemizado Ulrich Beck (*¿Qué es la globalización?*, trad. de I. Hierro y R. Hierro, Barcelona, Paidós, 1998), que opina que lo que no saben ver los teóricos de la “macdonalización” de la sociedad es que el modelo fordístico que caracterizó la lógica productiva sólida de la modernidad ha mutado definitivamente, conduciendo la economía hacia dominios completamente novedosos.

17 La Orden de los Asesinos, procedente de la secta musulmana de los ismaelíes, sembró el terror entre árabes y cristianos en tiempos de las primeras Cruzadas. El que se apoderaran de algunas fortalezas en zonas montañosas creó la leyenda del Viejo de la Montaña, quien, con fines tanto religiosos como políticos, ordenaría muertes selectivas en las grandes ciudades de Oriente Medio. ¿Vemos concomitancias con la actualidad? Es imprescindible la lectura de *Las Cruzadas vistas por los árabes*, del gran Amin Malouf. En busca de una bibliografía más específica sobre el tema —agradezco su colaboración a Juan T. Montesinos— es recomendable *Los asesinos*, de Bernard Lewis (trad. de L. Díaz, Mondadori, Madrid, 1990).

te a los abusos de la precarización, la desregularización o la evasión fiscal de las grandes corporaciones.

Una vez se ha roto el viejo aserto weberiano de que el Estado se definía por ejercer el monopolio de la violencia, dado que la seguridad se privatiza y es algo que se tiene que pagar quien puede hacerlo, su último reducto —al menos el último que le hace sentir que su musculatura como defensor de los ciudadanos todavía es fuerte— es el de la guerra al terrorismo. De nuevo “vigilar y castigar”,<sup>15</sup> sí, pero ahora más que nunca a los extranjeros, sobre todo a los que vienen del sur, a los solicitantes de asilo, a todos los que, misteriosamente, son aceptados con los brazos abiertos por un sistema que necesita su docilidad y su adaptación a la economía informal y subterránea, pero que se mueven casi siempre dentro de la ecuación inmigración-delincuencia-inseguridad que devuelve al Estado la condición de gendarme que necesitaba para re-legitimarse.<sup>16</sup>

3. El miedo ha mutado. Antes hemos citado a Weber. No sólo es la inoperancia del Estado como protector lo que ha puesto en entredicho su definición como monopolizador de la violencia: también la violencia se ha privatizado. Sabemos que la seguridad de los seres queridos y de sus bienes es algo que hay que buscar de manera privada, lo que convierte esa cuestión, como tantas otras, en un factor más de fractura social. El fenómeno se da también en el plano global, donde los terroristas, y no sólo ellos, también los señores de la guerra, las tramas de delincuencia organizada e incluso las grandes compañías, reprivatizan la violencia.

Lo que desde esa evidencia se desliza es la impresión de que el terrorismo no es —al menos no sólo— un efecto del recrudescimiento de atávicas formas de poder refractarias a la modernidad. Como el monstruo de *Alien*, o como los ultracuerpos, tiene una extraña facilidad para adoptar la lógica de los poderes que pretende destruir, reconvirtiendo algunas de sus claves para hacerlos servir en un plan destructivo. Podemos hablar de “guerra contra el terrorismo”, pero se trata en cualquier caso de un contexto bélico nuevo y, sospecho, no previsto por Clausewitz. Lo peculiar del terrorismo es que hace emerger su enorme peligro desde su propia debilidad. La Unión Soviética podía —según el imaginario más o menos *pop* de la Guerra Fría— invadir los Estados Unidos o destruirlos con sus satélites, sus misiles, sus submarinos nucleares y su propaganda comunista. De Al Qaeda se sabe que es totalmente incapaz de luchar a campo abierto. La lógica de guerra entre estados, a la que los Bush intentan llevar una y otra vez a los terroristas de Bin Laden, tiene poco que ver con la casuística actual, la cual ni siquiera se parece a la vieja guerra de guerrillas.

¿Fundamentalismo medievalista? Sí, pero es sorprendente la facilidad con la que estos nuevos *hachichín*<sup>17</sup> asimilan las prácticas de las corporaciones del mundo globalizado. “Atacar y huir”: ¿no es ésta la traducción al imaginario bélico de la dinámica deslocalizadora que aterra a los trabajadores? ¿No es la enorme movilidad del capital, incomparable con la de las masas, lo que permite al inversor negociar siempre en tales condiciones de ventaja que lo único que resta a la otra parte es la rendición sin condiciones? Lo que hace fuerte al terrorista es precisamente su condición huidiza, su extraordinaria facilidad de

movimientos, una lógica de ninguna forma reductible al estado-nación. Desterritorializados los factores del miedo, éste puede acelerar su presencia en todo el mundo, porque no le hace falta estar allá donde se es inmunodeficiente al miedo para poder sembrarlo. Mientras tanto, Bush hace el ridículo intentando *ubicar* a los artífices del mal en Guantánamo, del cual ya sospechábamos que era un laboratorio de implosión de los sistemas de libertades que han hecho grande a Occidente en la historia.

Y no hay duda de que se trata en cualquier caso de corrientes refractarias hacia los valores de la modernidad, en las cuales influye el famoso *corte* en la evolución del mundo musulmán, históricamente incapaz de aunar sus mejores corrientes en una verdadera Ilustración. Sin embargo, se habla de *fundamentalismo* en tanto que emergen fuerzas con poder civilizatorio que parecían del pasado, pero que son rabiosamente actuales. No veríamos cómo aumentan su implantación las comunidades religiosas en los barrios pobres del mundo árabe si sus jóvenes no se sintieran los perdedores del gran juego del capitalismo global; de igual manera, no se extenderían en Europa y América nuevas formas de fundamentalismo —Baudrillard habla de “integrismo blanco”—<sup>18</sup> si el Estado Social no se hubiera agotado y los individuos no entrevieran el peligro de disolución de los viejos lazos que garantizaban el orden en las comunidades. Por otra parte, podemos jugar a la empatía con el árabe y sospechar que acaso lo que a éste le irrita de Occidente y le hace sentir la necesidad de enrocarse más y más en sus fidelidades tradicionales, no es su espíritu ilustrado, sino más bien la falta de él con que se conduce ante el mundo:

Por paradójico que parezca, se tiene odio a Occidente no sólo, y/o principalmente, porque unos musulmanes que quieren vivir según el Corán rechacen los derechos humanos y la democracia. El odio que se advierte en “los Otros”, culturalmente marginados de los europeos, nace más bien de lo contrario, a saber, de que, en su trato con estos culturalmente otros, Europa se olvida y reniega de sus propios valores... Y no reprochan a Occidente su particular escala de valores, sino que no la utilice cuando encubre dictaduras, regímenes corruptos o el terror estatal.<sup>19</sup>

¿No es el renacer fundamentalista producto del miedo? Más allá del tópico superficial del atavismo resucitado, acaso podríamos redefinir el fundamentalismo como el producto —absolutamente contemporáneo y traducido en forma de incertidumbre— de una lógica del intercambio que, no dotada de las mediaciones sociales y políticas de *cocción lenta* que experimentó Occidente, abraza el *turbocapitalismo* sin contar con la protección de sistemas inmunitarios adecuados.

***El miedo ha mutado.  
No sólo es la inoperancia del Estado  
como protector lo que ha puesto  
en entredicho su definición  
como monopolizador de la violencia:  
también la violencia se ha privatizado***

Las consecuencias sobre la ciudadanía europea o norteamericana son más difusas de lo que plantean los profetas de la guerra contra el terrorismo. Fenómenos recrudescidos —y tan *medievales*— como el de la xenofobia o el temor a las epidemias llegadas de tierras remotas se inscriben en el mismo contexto. Dentro de un sistema que lo traduce todo a valor de cambio, era inevitable la explotación comercial del miedo, la conversión de la incertidumbre en mercancía. La necesidad creada oculta la perversión propia de todo el modelo consumista: puede ser creada y autorreproducirse de forma tumoral. Implantada psicológicamente la impresión de que el sistema es tan poderoso, tan exhaustivo y tan armónico, que nada debería poder ponerlo en peligro, advertimos angustiados que lo que lo define es la inseguridad. Rodeados de extraños que recorren con cierta suficiencia nuestras ciudades y llenan sus espacios públicos, sometido nuestro cuerpo a todo tipo de peligros —de los que cada día tenemos más noticias, a veces contradictorias—, viviendo con la perspectiva de la eventualidad de un accidente en cualquiera de nuestros desplazamientos, el miedo es hoy un capital inigualable.

Durante siglos, una atmósfera de tradiciones, redes cooperativas y silenciosos equilibrios gobernó nuestras vidas; con la Revolución Industrial y la brutal des-territorialización que produjo entre masas de personas, Occidente empezó a llevar verdaderamente a la práctica cotidiana la mayor de sus promesas: la libertad. Perfectamente engranados sus elementos —el cuidado de sí, la autonomía moral y la responsabilidad— dentro del *Zeitgeist* individualista, la libertad encuentra hoy el más sombrío de sus reversos en la desprotección, la soledad, la insolidaridad y la incomunicación.

Corresponde a este paisaje una definición tan inspirada como la de *sociedad del riesgo global*, de Ulrich Beck, según la cual ha dejado de ser posible exportar los peligros interiores, ya que son los espacios transnacionales los que han vuelto peligrosas nuestras vidas.<sup>20</sup> Dicho de otra forma: los riesgos se han globalizado y ya no nos es dado delimitar las soluciones dentro del modelo del estado-nación, cuyos viejos sistemas de seguridad han quedado obsoletos. La exposición de las comunidades a todo tipo de infecciones en un escenario de relaciones transnacionales tan promiscuas no se traduce en la psique individual en miedo a la guerra nuclear, la catástrofe ecológica, las pandemias o el ataque terrorista, tanto como en el miedo a la precarización, es decir, a la desaparición del modelo laboral fordístico basado en la fidelidad y la estabilidad de los contratos, referentes ya en extinción y a punto de ser aplastados por la marcha acelerada del turbocapitalismo y sus nuevas relaciones, donde la única consigna inteligente es “tengan cuidado ahí fuera”.<sup>21</sup>

Se revela así la nueva dirección del desarrollo: con la disgregación del horario laboral, del lugar de trabajo y del contrato laboral, se lleva hasta el límite, y aun más allá, la flexibilidad laboral. Por tanto, lo especial del régimen de riesgo no es que la sociedad se divida entre ganadores y perdedores. Esto vale para todas las sociedades de todas las épocas. Mucho más decisivo es que hasta las propias reglas sobre cómo se gana y cómo se pierde se tornen borrosas e inaprehensibles para cada trabajador. El régimen de flexibilidad significa, en última instancia,

***Mientras tanto, Bush hace el ridículo intentando ubicar a los artífices del mal en Guantánamo, del cual ya sospechábamos que era un laboratorio de implosión de los sistemas de libertades que han hecho grande a Occidente en la historia.***

lo siguiente: ¡alégrate, pues tus calificaciones están anticuadas y nadie te puede decir lo que tienes que hacer para que te puedan seguir contratando en el futuro!<sup>22</sup>

En el transfondo, existe el miedo que nos domina y preside inconscientemente nuestros actos, *el miedo a padecer la exclusión social*, que siempre ha existido, pero que aparece hoy con fuerza irresistible. Miedo a ser abandonado por una familia cada vez más multiforme y fraccionada, a quedar anclado en un barrio de fracasados, a no poder pagarse la salud, a que no se capitalice lo que uno ha invertido en su pensión; un miedo que camina como un espectral King Kong en Nueva York y amenaza con paralizar nuestra voluntad y devaluar la dignidad de nuestras vidas.

**18** Cualquiera de los ensayos escritos por Jean Baudrillard desde la década de los noventa hace uso de ese concepto, que alberga fuertes connotaciones de provocación, aunque me impresionó especialmente su uso en *El crimen perfecto* (trad. del por tantos conceptos admirable Joaquín Jordà, Anagrama, Barcelona, 1996), donde se refiere a la tragedia de Sarajevo como una gran operación occidental de purificación étnica y cultural.

**19** ULRICH BECK, *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, p. 203.

**20** El célebre concepto aparece en cualquier obra de Beck, pero emerge en 1986, en el libro traducido al castellano como *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad* (Paidós, Barcelona, 1988), trad. de B. Moreno, Barcelona, Paidós, 2005.

**21** Recordemos la serie americana *Canción triste de Hill Street*.

**22** ULRICH BECK, *Un nuevo mundo feliz*, trad. de B. Moreno, Barcelona, Paidós, 2005.

